

PÁRAMOS Y CAMPOS

TEXTO INTRODUCTORIO

Desde el borde meridional de la Cordillera Cantábrica, bajo el elegante perfil de los sinclinales colgados que configuran la comarca de las Loras, se extiende una unidad territorial distinta -cuenca sedimentaria-, cuyo relieve contrasta notablemente por sus materiales -terciarios- y por sus formas extraordinariamente llanas. Es un paisaje de páramos y campiñas modelado por los ríos, Urbel y Hormazuela, que nacen en las Loras y tienen su nivel de base en el río Arlanzón, y de los que, desde tierra de Lara, río de los Ausines y Cogollos, se dirigen por su izquierda hasta desembocar en aquél. También son responsables de este modelado ondulado y suave los ríos Brullés y Odra, que reúnen sus aguas y las concentran en el río Pisuegra. Si el límite oriental de esta comarca es claro -el río Urbel, el propio Arlanzón desde Tardajos y el río de los Ausines- resulta mucho más nítido en la zona occidental, pues es el río Pisuegra el que marca el límite provincial hasta el que llegan estas tierras. Si la silueta de las crestas de Peña Amaya, Albacastro, Barrio Lucio, Ulaña y la Pinza marcan el comienzo de esta concavidad en el norte, el límite meridional no es tan claro y se desdibuja al llegar al interfluvio del río Cubillo, afluente del río Arlanza.

Parece un territorio complejo pero en él se pueden diferenciar una serie de unidades bien estructuradas no tanto como consecuencia de los elementos naturales sino de la presencia del hombre y de sus actividades. Es éste un paisaje absolutamente cultural, tan domesticado que no le queda ningún elemento natural, más que las formas de su relieve -páramos y campiñas- y sus condiciones climáticas: un clima frío y seco. Son, por tanto, las huellas de vida humana las que permiten distinguir: el Campo de Villadiego, el Camino de Santiago, el valle del Arlanzón y el Alfoz o Campo de Muñó.

El Campo de Villadiego

Los ríos Brullés y Odra han labrado una amplísima y fértil vega que se desparrama, inclinándose suavemente hacia el oeste -de 870 a 800 m- hasta el Pisuegra, donde se reconoce el inicio de Tierra de Campos que no es sino la continuación de este mismo paisaje. Es una tierra de perfiles alomados y suaves vaguadas a las que se asoman las altas plataformas horizontales de los páramos -entre 900 y 970 m- que se extienden entre el Hormazuela, el Urbel y el Arlanzón.

Excepto en Melgar de Fernamental, que tiene también aprovechamiento hortícola, todo el terrazgo de páramos y campiñas ha sido y son tierras de pan llevar, y ha existido algún pequeño majuelo para el autoabastecimiento. Aunque hoy su uso es diferente, las bodegas quedan como un elemento más del paisaje. Rebaños de ovejas de raza churra y algunas cabras completan el aprovechamiento de eriales y rastrojeras. Este paisaje humanizado se mantiene con la misma fisonomía de épocas pasadas. Sólo ha cambiado el tamaño de las parcelas.

En estos pueblos -**Villadiego, Sasamón, Melgar...**- con una magnífica situación estratégica tanto en dirección meridiana, entre la llanura y la montaña cantábrica, como entre el este y el oeste, se concentra un patrimonio cultural riquísimo, que acumula una potencia de presencias de distintos pueblos, celtíberos, visigodos y romanos, y que desde el siglo IX, con la repoblación, inician una etapa histórica continuada de la que se conserva una importante herencia. Entre el caserío tradicional de estos pueblos sobresalen y destacan con gran fuerza las iglesias -Villadiego, Villamorón, Sasamón, Grijalba, Villasandino o **Castrojeriz**- que dan fe de que allí había riqueza y poder, y, sobre todo, relaciones y conocimiento de lo que se hacía en los talleres artísticos europeos. Muestra también de un pasado floreciente es el **Canal de Castilla**. Durante diez kilómetros, en el entorno de

Melgar, se puede disfrutar de la obra de ingeniería hidráulica de mayor envergadura realizada durante el periodo de la Ilustración.

Éstas son tierras próximas a la capital y bien comunicadas, lo que permite el mantenimiento de población, que vive entre el pueblo y la ciudad y que comparte ahora su amor al patrimonio artístico y cultural. Gracias a ello existen muchas posibilidades de disfrutarlo con iniciativas de excelente calidad que se ponen a disposición del turismo rural: exposiciones, conciertos, cursos de verano, iniciativas gastronómicas, etc.

El Camino de Santiago

El camino hacia León y Astorga se ha realizado siguiendo la dirección hacia el oeste atravesando páramos y vaguadas. Primero fueron calzadas romanas las que trabaron los diversos lugares del oeste de Burgos para comunicar la llanura y la montaña. Luego fueron los peregrinos jacobeos.

Desde Burgos, por no desviarse hacia el sur por el valle del Arlanzón los peregrinos siguen el camino de las estrellas, suben páramos aprovechando las vargas y los descienden por vallejos hasta llegar a Itero a orillas del Pisuerga. Esta comarca ha sido pisada por muchos peregrinos que han dejado su huella, puentes, fuentes, hospitales, posadas, ermitas, iglesias, monasterios, cruceros, señales, hitos de piedras, hechos con muchas manos. Los asentamientos muestran lo que son. Algunos una sola calle-camino, como Hornillos, el ejemplo más sencillo de la perfecta construcción de un núcleo lineal caminero. Los lugares del Camino - Rabé de las Calzadas, Hornillos del Camino, Hontanas, Castrojeriz e Itero del Castillo- son muy sugerentes y atractivos, concentran experiencias transcendentales e indelebles que, aunque pasadas, se conservan en usos y relaciones con los peregrinos y en la personificación más austera de una herencia intangible omnipresente, tan profunda que es difícil de olvidar. En eso se basa la capacidad de seducción de la gente y del espacio del Camino de Santiago. Hay muchas ruinas, muchos recuerdos, pero el Camino sigue vivo y, lo más importante, la gente es hospitalaria, como siempre. El **Camino de Santiago** es un espacio cultural que se muestra como un palimpsesto donde se acumulan y combinan muchos aspectos de una gran riqueza patrimonial.

El valle del Arlanzón

Pasada la ciudad de Burgos, por la que va encauzado, el río Arlanzón se abre a un extenso valle en forma de artesa con fondo plano, por el que discurre formando amplios meandros acompañado por álamos, chopos, alisos, mimbreras y sauces que marcan sus riberas y componen un valioso soto fluvial, en el que encuentran su hábitat barbos, bogas y una importante población de nutrias además de numerosas aves acuáticas como pollas de agua, azulones, ánades, somormujos, zampullines, cigüeñas blancas y garzas, y una multitud de pájaros -de más de 70 especies diferentes- que se refugian entre la compacta masa de vegetación de carrizos, cañas, espadañas, juncos, lirios y aneas que cubre las orillas. En un espacio prácticamente deforestado, el río Arlanzón es un corredor vegetal y un corredor faunístico que cruza el territorio occidental de la provincia. Y este corredor de fondo plano ha servido como un corredor cultural, como importantísima vía de comunicación desde tiempos bien antiguos. Localidades como Buniel, Estépar, Villaquirán de los Infantes o Pampliega son famosas en la ruta que une Burgos, por carretera y ferrocarril con el centro de la región y con Portugal.

Extraordinarias fincas de regadío junto a modernas granjas ganaderas y campos de cereales se extienden por toda la vega y ascienden por las húmedas vargas de los páramos, mientras que la parte alta de las cuestas y la superficie de los páramos, donde se acumulan los yesos y las calizas, conviven las tierras sembradas de cereal, los baldíos y las únicas manchas de encina y carrasca que han quedado sin roturar. En los páramos que se extienden desde Villavieja de Muñó y Pampliega, y rodean la granja de Torrepadierne, se conserva uno de los bosques naturales de encina de mayor valor ecológico de la provincia de Burgos, ya que es la reliquia de lo que fue todo el curso bajo del Arlanzón, un denso encinar antes de que la fuerte presencia humana necesitara el suelo para convertirlo en tierras de labrantío. A su valor botánico y fisionómico se añade la existencia de una riquísima fauna de aves -águilas, gavilanes...- que anidan en esta masa forestal, donde también se cobijan corzos, jabalíes, gatos monteses y jinetas.

El Alfoz o Campo de Muñó

Entre los ríos Arlanzón, de los Ausines y Cogollos, se extiende lo que en la Alta Edad Media fue el alfoz de Muñó, uno de los más importantes del primitivo reino de Castilla. Este sector se caracteriza por un paisaje formado por una suave sucesión de onduladas colinas salpicadas de numerosos pueblos, que dedican su esfuerzo a la actividad agrícola y ganadera.

Fue poblada desde la Edad del Hierro y conserva importantes restos celtas y romanos sobre los que se han levantado las más impresionantes iglesias y edificaciones civiles. Numerosos castillos, torres palacio -Hormaza, Torrepadierne, Mazuelo o Arenillas de Munó- nos hablan de un modo de vida nobiliar y caballeresco, de señores feudales, de influyentes eclesiásticos, de luchas y disputas, y de familias de comerciantes enriquecidas por sus negocios que querían emular a la nobleza dominante. Ese poder feudal forma parte del imaginario colectivo pero el poder económico de esta zona de Muñó se aprecia en la actualidad desde Arcos hasta Presencio, Ciadoncha o Santa María del Campo. **B.B.**